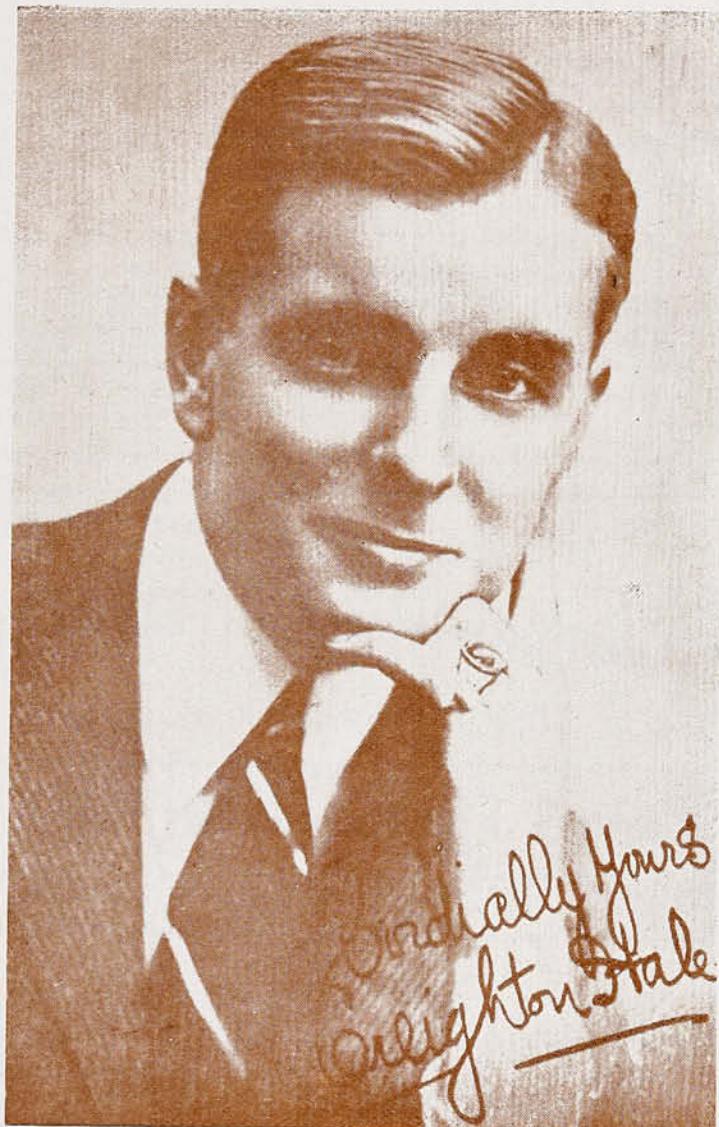




LA SEMANA CINEMATOGRÁFICA



CREIGTON HALE



Año I :: Núm. 13

1.^o de Agosto 1918

Precio: 30 centavos

mente pobre, absolutamente impotente. ¡Cómo! ¿Se habría acaso de hablar algo a la presentación de un paisaje? ¿Se guardaría silencio en todos los momentos en que no hubiera diálogo, momentos que son innumerables en el espectáculo cinematográfico? ¿Qué se diría, por ejemplo, cuando dos amantes se despiden en silencio y para siempre con la muerte en el alma? ¿Qué se diría cuando se viese al amigo o al esposo correr a caballo por las montañas o los valles a salvar del peligro a un ser querido? ¿Qué se diría, qué, en los mil y mil momentos cinematográficos en que no se habla ni hay que hablar porque se trata sólo de contemplar las múltiples bellezas de la tierra, del mar o del cielo? Nada, no podría decirse nada. La cinta pasaría en esos instantes en silencio, produciendo una impresión que a nadie podría satisfacer.

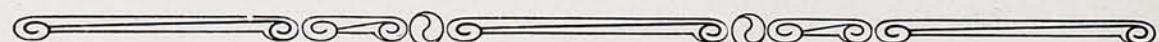
¿Se comprende entonces lo que significa la música para esta rama del teatro? ¿Se comprende que ella es la que lo sostiene, la que lo levanta, la que nos hiere en pleno corazón, haciéndonos sentir las más hondas, más delicadas y más variadas emociones?

Que en un instante patriótico de la cin-

ta, como los hay, por ejemplo, en «La Doncella de Orleans», la música estalle con los acordes propios del momento, y sentiremos que nuestros cuerpos y nuestras almas vibran con los más sublimes sentimientos. Que una música adecuada acompañe una entrevista tierna, y la sentiremos mejor que si hubiéramos escuchado las más bellas palabras que en esos momentos sería dable pronunciar. Que se trate del amor, del odio, del dolor, de la alegría, de la dicha, de la muerte, del horror, del éxtasis: en todo caso, la música nos hará sentir mejor esos instantes y esas escenas que las palabras más sábiamente calculadas.

Comprendamos, pues, toda la importancia de la música y no nos dejemos sugerir con la observación que comunmente se hace de que el biógrafo carece de verdadera importancia por ser una mera pantomima. Es una pantomima, sí, pero acompañada por lo que hay más rico en poder emocional y sugestivo: la música, que en este sentido y para este efecto, nada, absolutamente nada, tiene que envidiar a la palabra.

LUCILA AZAGRA.



Mirando el retrato de Francisca Bertini

SENTADA en su sillón, con el codo apoyado sobre la mesa y la mano en la mejilla, piensa y está triste.

¿Es que piensa acaso en su poder terrible de mujer hermosa, dueña y señora de los corazones, que con una sola de sus sonrisas puede llevar la dicha a millares de seres y que con uno solo de sus gestos puede precipitarlos en el desconsuelo y el dolor?

Jamás soberano alguno de la tierra ha logrado tener esclavos más rendidos y sumisos que esa mujer. Jamás monarca alguno ha podido contarlos en tan inmenso número,

repartidos por todos los ámbitos del mundo.

Y sin embargo, está triste.

¿Qué es lo que ha hecho que un velo de tristeza apague el fulgor de sus ojos? ¿Qué es lo que ha hecho huir la sonrisa de su boca divina?

Cuando esos ojos se animan con los fulgores del arte, cuando esos labios se abren para dar paso a la sonrisa, luz de los cielos y rocío de flores parece que cae sobre los corazones. Sus ojos encierran un mundo de tentadoras promesas y son como abismos en que gozan en hundirse las almas embria-

GALERÍA DE «LA SEMANA CINEMATOGRÁFICA»



FRANCISCA BERTINI

gadas. Su sonrisa es luminosa como el sol y fresca como el alba; una de esas sonrisas que parecen hechas de claridad y de frescura, que alegran, que rejuvenecen, que espacian la dicha en torno; sonrisas mágicas que tienen el poder de disipar todos los pesares y de calmar todos los dolores.

¿Por qué ahora está triste? ¿Por qué ahora no ríe? ¿Por qué ahora sus ojos reflejan tan sólo dolor y tristeza?

Hay almas tristes, dispensadoras de dicha; almas que van sangrando por los caminos del mundo y cada una de cuyas lágrimas se convierte en un diamante que ilumina el sendero para los que marchan a obscuras por la vida; almas que en el dolor se nutren de la preciosa sávia que, amarga para ellas, es deliciosamente dulce y confortadora para los demás; almas que son como misteriosos árboles que tuvieren las raíces en amarga fuente y dieran frutos dorados y sabrosos.

¿Acaso el alma de esta divina artista es una de esas almas? ¿Acaso el lote de vida que le cupo en suerte en este mundo la predestinó para sufrir, a ella, que con sólo su presencia parece que lo embelleciera y lo alegrara todo?

Quién sabe, pero si es así, bendita seas una y mil veces, dulce y excelsa creatura, que, pasando por encima de tus propios dolores, te dignas arrojar la claridad de tu belleza y de tu arte, como bálsamos divinos, sobre las tristezas y pesadumbres de la tierra.

Scout.



LILIAN WALKER

Esta actriz, que hemos conocido en Santiago en la película «Un grano de arena», tiene 30 años de edad, es soltera y nació en Brooklyn, Estados Unidos, siendo de origen sueco.

Mide 1.57 m. de altura y tiene los cabellos rubios y los ojos azules.

Se inició en el teatro, trabajando con éxito en compañías de operetas y de variedades durante algunos años, hasta que ingresó en el cine, incidiéndose como partiquina en la Vitagraph. Al principio llamó la atención por el atractivo de su sonrisa, mereciendo el apodo de «la chica de los hoyuelos», por los que se le hacían en el rostro al sonreír. Muy luego, sin embargo, sus cualidades de artista comenzaron a imponerse al público, el que no tardó en reconocer en ella a una verdadera estrella de la cinematografía.

FRANCIS FORD Y GRACE CUNARD

Francis Ford, cuyo verdadero apellido es Feeney, tiene 34 años.

Este actor trabajaba siempre en compañía de Grace Cunard, que tiene 24 años.

Ford estaba divorciado hacia varios años de su esposa, y Grace Cunard, por su parte, era viuda.

Pues bien, parece que ni al uno ni a la otrales había disgustado la vida matrimonial, pues ambos resolvieron casarse.

Lo curioso del caso es que, a pesar de su estrecha amistad, no se casaron entre sí, como era de esperarlo, sino que Grace Cunard se unió con Joe Moore, hermano de los maridos de Mary Pickford y de Alice Joyce, y Ford, por su lado, se casó con..... ¿con quién creen nuestros lectores? pues, con su antigua esposa.....

ZOE RAE

Esta pequeña actriz cuenta a la fecha 8 años casi cabales, pues nació el 13 de julio de 1910.

Es hija de padres franceses, pero nacida en Chicago.

Tiene tres pies diez pulgadas de estatura y pesa sesenta y cinco libras.

Posee tez blanca, cabellos rubios y ojos azules.

Debutó directamente en el cine, sin haber pasado por las tablas. Su iniciación en la escena muda tuvo lugar hace cuatro años, en marzo de 1914, y desde entonces ha hecho más de cien películas distintas, siendo actualmente una estrella de la Universal. Esto no quita que juegue aún con sus muñecas.